

CLAUDIO ZEIGER

INFANCIA
EN MATADEROS



emecé

Claudio Zeiger

Infancia en Mataderos



emecé
cruz del sur

Ese hombre que moría en un departamento de la calle Larrea en el barrio de Once nos enviará directo, como por un golpe de dados arrojados sobre la mesa, al corazón de Mataderos: una sala de velatorios por Directorio y Larrazábal. No había en rigor demasiado misterio en esa aparente vuelta del destino, algo de casualidad sí. La empresa de servicios fúnebres que nos había contactado a instancias del médico que vino a certificar el deceso, era de la zona. (Hasta ahí debimos ir unos días después para retirar el acta de defunción. La oficina quedaba frente al Hospital Santojanni, ubicado en la frontera entre Mataderos y Liniers. Ahí había muerto mi madre un ya lejano 30 de abril de 1990.)

Así que hubo velorio en Mataderos hasta la medianoche. Volvimos temprano al día siguiente. Un pago en efectivo, papeles, una última despedida en

la salita blanca y pequeña como una celda de monasterio. Mi padre muerto.

A media mañana, bajo una lluvia portentosa, partimos hacia el cementerio de la Chacarita. Era tanta la lluvia que no nos garantizaban que el entierro pudiera realizarse ese mismo día. Llegamos al cementerio pensando que el cuerpo en el ataúd podía quedar en depósito hasta un día o dos después. Finalmente, cuando fue amainando la tormenta, el entierro se hizo. Fue tan breve la ceremonia que cobró la forma de un destello sobrenatural. Ahí quedó reposando el ateo inmortal.

Yo había estado por última vez en la casa de la calle Montiel unos quince años atrás. Por ese entonces, cuando mi padre era el último habitante solitario de esa casa destruida, yo llegaba en colectivo entre nueve y nueve y media de la noche y me iba en un remis a la una y media, dos de la mañana.

No quise volver al barrio ni a pisar la cuadra una vez que se vendió la casa, sobre todo cuando nos enteramos de que la iban a tirar abajo para poner un supermercado. No habría soportado ver todo tan expuesto, esos lugares donde habías llorado, reído, jugado, donde te masturbaste en silencio y te miraste las primeras cicatrices, ahora convertido en la góndola de los congelados o los estantes donde se amontonan frascos de mermelada y de aceitunas, latas de sardina y atún.

Ese 17 de marzo de 2018 nos dirigíamos en plena noche hacia el velatorio, en un auto, recorriendo esas calles y avenidas con nombres de tanta resonancia emocional. Bruix, Lacarra, Escalada, Fonrouge, Larrazábal. Para mí eran las calles que habían marcado el pasaje entre infancia y adolescencia.

Recordé violentamente que mi padre había vivido de chico en Mataderos, pero no en la misma zona que habitaríamos tantos años después. Me vino a la mente como una epifanía: Miralla. Una casa de pensión de muchas habitaciones en la calle Miralla, eso me contaba. Le decía el hotelito. ¿Era un conventillo? ¿Un conventillo en Mataderos? No lo sé. Es indudable que a partir de un padre cuya música de fondo habían sido los tangos de su juventud, Miralla y Mireya tendieron a cruzarse y a fundirse en mi memoria, hasta que la rubia se tragó a la calle, exactamente al revés de como sucedía en el tango. Parte de la infancia de mi viejo había transcurrido en Mataderos, me cantaba con lágrimas en los ojos lo que le había quedado grabado del himno de Vélez: «De Basualdo te fuiste un día y tu vida en Liniers siguió». Mataderos, Villa Luro, Floresta, Liniers. De todo lo que me contaba el relato más vivo y feliz era el de cuando «los pibes de la cuadra», hinchas de Vélez y de Boca casi todos -no había ninguno de River, situación que se repetiría en la escuelita de Liniers de mi infancia- jugaban a la pelota en la calle por donde

no pasaban autos. La vida y el destino estaban condensados en ese verso cantado de memoria. Después se habían ido a vivir a Ramos Mejía y («vueltas de la vida», habría dicho mi madre meneando la cabeza) regresaría a Mataderos tras unos años transcurridos en Mendoza, casado, con una hija, para vivir por muchos, muchos años, en la casa de la calle Montiel.

Todo esto pasó rápidamente por mi mente y, a decir verdad, se deslizaba sin dejar huella ni decir palabra, ni siquiera esas palabras silenciosas que se disuelven antes de ser apenas borroneadas en el aire donde flotan los recuerdos. Afuera se precipitaban unas calles que al menos detrás de los vidrios del auto parecían estar como siempre. Como si no hubieran pasado los años. Las sombras de la noche licuaban las diferencias entre pasado y presente, pero yo sabía que más allá de alguna raíz tan inmodificable como invisible, nada era lo mismo, nada estaba igual.

Cuando pensaba en la muerte de mi padre como algo irremediable, el centro de mis preocupaciones siempre había sido adónde íbamos a enterrarlo, pero jamás se me ocurrió pensar que su muerte nos iba a llevar, antes del cementerio, a dar vueltas por el mundo de la infancia; volver a plantear esa cuestión de límites, volver a atravesar esas fronteras internas, cruzar los límites que las personas se inventan para vivir, para seguir adelante o para imaginar que se escapan. O simplemente para hacer el viaje otra vez.